

---

La propiedad literaria de este libro queda asegurada con arreglo á la ley de la materia, y nadie podrá reimprimir NI TODO NI PARTE de él sin el permiso correspondiente.

---

## ¡VIVA LA REINA!

---

Un gran acontecimiento se prepara.

El mes de Diciembre próximo será la coronación de la excelsa Virgen de Guadalupe como Reina y Señora del pueblo mexicano, y la nación se apresta para jurarle pleito homenaje. Los Ilustrísimos Señores Arzobispos de México, Michoacan y Guadalajara nos han anunciado ya la feliz nueva, publicando el Breve de Nuestro Santísimo Padre el Señor Leon XIII, que otorga la concesion necesaria para esta solemne ceremonia, y su voz autorizada resonando por todos los ámbitos del país ha conmovido profundamente todos los corazones.

¡La Virgen de Guadalupe! A este bendito nombre cuántas tiernas memorias no se despiertan en el alma de cada mexicano! ¿Quién no se acuerda de cuando era niño y en el hogar tranquilo su madre le referia la maravillosa historia de la aparicion de la Virgen, su cariño por los indios, su amor por este suelo; quién no recuerda las terribles escenas de la conquista, la desolacion del Imperio de Moctezuma, y su pacificacion despues y su evangelizacion debida al influjo de esa magnífica Señora que dirijiendo á Juan Diego palabras de ternura, reprimió la arrogancia y contuvo el furor de los soldados vencedores?

Todo es maravilloso en la historia del Nuevo Mundo:

Su descubrimiento,  
 Su conquista,  
 Su conversion á la fé.  
 ¿Quereis mayores milagros?  
 Ante hechos semejantes ¿quién duda de un  
 Poder Supremo que obra sobre los hombres más  
 allá de los límites de la tierra?

Tepeyac, monte sagrado, donde se pronunció  
 para este continente por la Muger bendita en-  
 tre todas las mugeres, el *fiat lux* del cristianismo.

Nuevo Horeb, de cuyas áridas peñas brotó á  
 raudales el agua viva de la fé cristiana.

Líbano santo que consagró con su presencia  
 la Esposa de los Cantares.

Nuevo Tabor, en donde la Reina de los Cie-  
 los se manifestó á los humildes en todo el es-  
 plendor de su hermosura.

Calvario sin sangre ni dolores, donde los mexi-  
 canos fueron redimidos por el amor de María!

María! Virgen de Guadalupe, flor hermosa  
 cuyo celestial aroma se esparció instantanea-  
 mente por todo el litoral de estas regiones.

Astro brillante á cuya aparicion se disiparon  
 las sombras del antiguo gentilismo, inundándo-  
 se de su luz resplandeciente toda la vasta exten-  
 sion del Nuevo Mundo.

Virgen bendita aparecida entre rosas del cie-  
 lo, y fuentes milagrosas, y cantos de Serafi-  
 nes, para declararte especialmente Madre y pro-  
 tectora de los indios!

La historia de los trescientos años de la colo-  
 nia brilla por todas partes con los resplandores  
 de la luz de esa Virgen admirable, y la imagen  
 del Tepeyac se destaca siempre como una égida  
 de amparo, como un baluarte de proteccion pa-  
 ra este pueblo. Al templo de Guadalupe venian  
 los virreyes de España á tomar posesion de su  
 encargo, y lo primero que veian al investirse de  
 las insignias de su alto mando era la Santa Imá-

gen de Aquella que descendió de los cielos para  
 proteger á los mexicanos.

Cuánto no se manifiesta su accion eficaz en  
 la rapidez con que la civilizacion evangélica se  
 extendió por todo el territorio y en las virtudes  
 de aquellos pueblos tan probos y sencillos, tan  
 leales, tan sóbrios y tan piadosos! El sentimien-  
 to religioso dominando á los superiores y encar-  
 nándose en las masas populares, traia á la so-  
 ciedad sin esfuerzo ni apremio todos los grandes  
 beneficios de una paz y tranquilidad inalterables.

Los que mandaban y los que obedecian creian  
 en la Virgen, amaban á la Virgen, y el mando  
 era suave y la obediencia era voluntaria.

Los que no creen, los que no aman á la Vir-  
 gen no son mexicanos; los que borran de la his-  
 toria de México el suceso del Tepeyac, la trun-  
 can lastimosamente. Sin esa Virgen, sin ese ce-  
 rro misterioso, nuestra raza habria desaparecido  
 de la faz de la tierra hace ya más de tres siglos.

Esa Virgen, en ese cerro, dijo á los españoles:  
 "Deteneos, envainad las espadas: los indios son  
 hombres como vosotros, son vuestros hermanos,  
 hijos míos predilectos, y aquí estoy yo para so-  
 correrlos." Y los españoles que creen en la Vir-  
 gen y la aman, porque mil veces los ha favore-  
 cido, y mil veces en el trascurso de los siglos ha  
 llevado á la victoria sus pendones gloriosos, es-  
 escucharon su voz y acataron el mandato.

¿Cómo no sentirse movido de entusiasmo al  
 escuchar los hechos heroicos de aquella lucha de  
 once años, en que los indios á millares se agru-  
 paban inermes en defensa de la santa bandera  
 enarbolada por Hidalgo, sin temer el filo de los  
 aceros ni la metralla de los cañones!

¿Qué hermoso cielo azul este de México, cuan-  
 do consumada la independecia, tremolaron en  
 el aire los estandartes unidos de Hidalgo y de  
 Iturbide!

¡Qué hermoso cielo azul este de México, cuando apareció tan lleno de vida y de esperanzas, halagado por tan próspero porvenir y que parecía llamado á ocupar el primer rango entre los pueblos del continente americano!

Absortas lo contemplaron las naciones levantarse repentinamente grande y magestuoso, resuelto á caminar por el sendero de la justicia, apoyado en su buen derecho y llevando en la diestra la bandera de los tres colores.

El Tepeyac pareció de nuevo inundado de la luz que vió Juan Diego, y los corazones de los mexicanos todos tenían por centro comun su amor y gratitud á la Virgen de Guadalupe.

No ya solo nos habia librado de la muerte deteniendo el brazo de los conquistadores y cambiándolos de altivos y arrogantes en benévolos y compasivos, no ya solo nos habia sacado de las tinieblas de la barbarie derramando por todas partes la luz del Evangelio, sino que independiéndonos de todo yugo nos hacia ocupar un puesto prominente, como pueblo libre, entre las naciones cristianas.

Razon era que enmedio del patriótico entusiasmo el más vivo agradecimiento á tan señalados beneficios de la Madre de Dios, se manifestase por todas partes; ese sentimiento era el lazo de union de todos los corazones y la Imágen de la Virgen de Guadalupe era el timbre y el escudo de todos los mexicanos. Estaba en todas las casas, y el órden y la paz reinaban en las familias; estaba en los estrados donde se hacen las leyes y se administra la justicia, y las leyes eran buenas y las sentencias eran justas.

Pero ¡ay! los años han pasado, y cuántas tempestades han ennegrecido despues ese cielo!

¡Qué historia tan horrible, Virgen Santa! Odios nefandos han dividido á los hermanos y el brazo maldito de Caín ha llenado este suelo

de cadáveres. Los años han pasado, y aquella nacion que apareció tan grande recien emancipada, es hoy un pobre pueblo, un pueblo miserable, enfermo, moribundo, casi un cadáver á cuyo rededor se agitan buitres devoradores.

¡Qué historia tan horrible, Virgen Santa! Mil veces te hemos olvidado. Te hemos olvidado á tí, que hiciste por nosotros lo que no has hecho por ninguna nacion del mundo. Cuadros profanos han sustituido en las casas á tu bendita imágen, y el vicio corrompe las familias y se ostenta descaradamente por las calles y plazas amparado y protegido; de los palacios has sido desterrada, y las leyes son malas y las sentencias son inícuas.

Hemos cedido á gentes venidas de fuera todos los elementos de la riqueza nacional, la sordida codicia vende á palmos nuestro suelo, la industria y el comercio y todas las grandes empresas no están ya en nuestras manos, abandonadas por nuestra indolencia y apatía. Como párias arrastramos en nuestra misma patria una existencia miserable, y el porvenir de nuestros hijos es todavía más espantoso.

Solo tú, Virgen María, tan buena y tan misericordiosa, has podido contener el brazo de Dios, que mil veces justamente airado se ha levantado para castigar nuestra insolencia, para anonadar nuestro orgullo, para hacernos desaparecer como viles é indignos de sus singulares y marcados beneficios.

Piadosísima Madre ¡cuánto té debemos! ¡Y aún habrá mexicano que dude de tí, cuando desde el momento en que pisó tu planta esa feliz montaña, una série no interrumpida de milagros nos está probando tu accion eficaz en favor nuestro? ¡Cómo, si no, despues de tantos desaciertos, despues de tantos errores, despues de tantas iniquidades, aun vivimos como Nacion y aun podemos alentar una esperanza de remedio?

Pero esa esperanza eres solo tú, Virgen Santísima, esa esperanza eres solo tú; y por eso desalados venimos apresuradamente al Tepeyac.

Mira cómo de todas partes las poblaciones en masa, se dirijen á tu templo de Guadalupe aclamándote por su único refugio, aclamándote por su única esperanza.

Mira cómo el país entero se levanta á la voz de sus Obispos y en un grito arrancado de todos los corazones te proclama por su Reina.

¡Salve, Reina! Mexicanos y católicos nacimos; permíteme, Virgen, que podamos legar á nuestros hijos esa Patria y esa Fé que hemos jurado defender con nuestra sangre, y cuyo juramento renovamos hoy á tus plantas proclamándote por Reina.

Sálvanos, Virgen de Guadalupe, tú lo puedes.

Sí, tú lo puedes, pues ¿qué no puedes tú, Santa Señora? ¿Qué no puedes tú, si tu Hijo es Dios, y se complace en poner en tus manos toda su Omnipotencia? ¿En qué nacion cristiana, en qué pueblo que te invoca, no has obrado maravillas? ¿No están llenos de tus milagros los anales del mundo? ¿Qué pueblo no ha experimentado tu cariño de Madre y tu poder Soberano? ¿Qué familia, qué individuo no ha sentido tu dulce mano enjugando sus lágrimas, socorriendo sus necesidades, apartándolo del vicio, salvándolo del abismo?

¡Tú lo puedes!

Es verdad que esta desgraciada Patria nuestra está enferma de mucha gravedad: es verdad que postrada y abatida por todos los males no tiene ya casi accion ni movimiento alguno, pero tú puedes decirle como Jesus al Paralítico: "*Levántate y anda.*"

Dilo, Señora, te lo pedimos con la fé del Centurion: no somos dignos de que vuelvas á pisar nuestra pobre morada, pero di una sola pa-

labra y nuestra patria será sana, salva y perdonada.

Hombres eminentes que han sondeado profundamente los abismos en que se agitan las sociedades modernas, han reconocido que solo el arrepentimiento nacional puede salvar al mundo, declarando tambien que ese único remedio solo podrá venir por la bondadosa mediacion de la que es Madre de Misericordia.

Hénos, pues, aquí, Madre, implorando tu socorro. Sálvanos, salva á esta desgraciada Nacion!

Afuera las acechanzas de los que solapadamente quieren subyugarnos, afuera las arterías de los que quieren arrancar de nuestros corazones el culto de la Virgen.

Los que no amais á la Virgen, á lo menos respetadla, porque es nuestra Soberana.

Los que no creéis en la Virgen, respetad á lo menos la fé de los que creemos en ella con toda la fuerza de nuestra alma, de los que esperamos en ella con un anhelo infinito, de los que en este mundo y más allá de este mundo, hemos puesto en sus manos toda nuestra confianza.